

X Tercera parte:
ecón A dónde debemos ir

Quisiera suponer que en un gran cataclismo terráqueo, en los países altamente desarrollados, de economía próspera y de grandes finanzas — eso que llenan el horizonte — se desprendieran de la tierra y tomaran un nuevo planeta en el espacio, como un nuevo lugar de asentamiento. Entonces los países de economía atrasada, los del hemisferio subdesarrollado, estaríamos obligados a labrarnos un nuevo destino con los recursos que nos fuesen disponibles en nuestro planeta. ¿Qué podríamos hacer en esa retadora circunstancia? ¿Perdir al ciclo que nos devolviera a los opulentos países nuestros responsables de nuestras carencias o comenzar una nueva historia aunque fuera con las manos desvalías? ¿Lamentar la desgracia de estar separados de los países avanzados o crear un nuevo destino con lo que nos hubiese quedado?

La respuesta es tan obvia que necesitamos pensar en el equivalente real de tal situación: en la posibilidad de una negativa de ayuda o su condicionamiento a requerimientos inaceptables, pensar en una política cada vez tan vieja como la humanidad misma, cuyo impudor crece desde el año.

En esta última parte veremos cómo el poder decir "no" en un planteamiento significa decir "sí" en otro sentido.

...las demandas de intervención a largo plazo y a par...

Además, la fábrica de automóviles Ford de Hermosillo cerró sus puertas durante una semana en febrero del 92 debido a pérdidas —según dicen— 3 mil unidades y demandó de comprar muchos millones de pesos en relaciones. Esta es la segunda vez que ocurre en un año y a medida que se haga más fuerte la construcción, mayor será el peligro de cierre prolongado.

Por todo lo antes expuesto me resulta absurdo que se apresure la firma del tratado para ligar nuestra economía, asimismo al África, a una nación que creará menos de uno por ciento y cuyo presidente nos asigna el papel de compradores.

La nuestra relación es un matrimonio de conveniencia, de puro interés, resulta absurdo casarnos con alguien que está sufriendo una parálisis progresiva. Si se tratara de un país latinoamericano con el cual nos liguen tradiciones, lengua, religión, color de piel y soner de guitarra admito que deberíamos ayudarnos a levantar y curar el riesgo juntos.

XIII. El orden económico del futuro

Vamos a suponer que, en un gran cataclismo terráqueo, todos los países altamente desarrollados, de economía próspera y de grandes finanzas —eso que llaman el hemisferio norte— se desprendieran de la tierra y formaran un nuevo planeta en el espacio, como una nueva luna en el firmamento. Entonces los países de economía miserable, los del hemisferio subdesarrollado, estaríamos condenados a labrarnos un nuevo destino con los recursos que tuviésemos disponibles en nuestro planeta.

¿Qué podríamos hacer en esa retadora circunstancia? ¿Pedir al cielo que nos devolviera a los opulentos para hacerlos responsables de nuestras carencias o comenzar una nueva historia aunque fuera con las manos desnudas? ¿Lamentar la desgracia de estar separados de los países avanzados o crear un nuevo destino con lo que nos hubiese quedado?

La respuesta es tan obvia que necesitamos pensar en el equivalente real de tal situación, en la posibilidad de una negativa de ayuda o su condicionamiento a servidumbres inaceptables; pensar en una política endógena, tan vieja como la humanidad misma, cuyo impulso venga desde dentro.

En esta última parte veremos cómo el poder decir NO a un planteamiento significa decir sí en otro sentido.

Baste recordar que en los Diez Mandamientos —ley de leyes y columna vertebral de una cultura occidental judeo-cristiana— hay tres órdenes y siete prohibiciones que comienzan con la palabra NO.

De la misma forma, decir NO a las drogas es decir sí a la plenitud de la vida; el gritar NO a la desigualdad injusta equivale a decir sí a una diferenciación justa que no sea humillante; el decir NO al endeudamiento externo de un país nos obliga a buscar fuentes internas de desarrollo.

De acuerdo con el escenario que se vislumbra para el próximo siglo, habrá condiciones que exigirán otra política o nos condenaremos a la inferioridad económica. Para mostrarlo, veamos lo que dijo Michel Camdessus, director general de eso que llaman el “Fondo de Miserias Internacionales”, cuando habló, como todo economista respetable, de que la recesión había tocado fondo y se iniciaba la recuperación:

—¿Entonces vamos a partir a una fase de crecimiento fresca y gozosa? —le preguntaron.

—Yo no he dicho eso —contestó Camdessus—, se puede esperar una recuperación pero lenta, débil, que en Europa no reducirá el desempleo. Incluso, más allá de 1993-94 no debemos esperar una gran aceleración porque existen elementos de frenaje... En los Estados Unidos han sido privados de todo margen de maniobra presupuestal; en Europa, a excepción de Francia y Dinamarca, todos los demás deben hacer esfuerzos adicionales para equilibrar, sea su endeudamiento público, sea su déficit presupuestal, sea su tasa de inflación... En el Japón, en fin, (la recesión) irá hasta el final de los años noventa... En el curso de los próximos años no hay que contar demasiado con los grandes países industriales para obtener el crecimiento.¹

¹L'Express, París, 6-III-92.

En realidad, la recuperación de que habla Camdessus sólo es un buen deseo, la posibilidad de no seguir empeorando:

... las perspectivas son mejores en otros lados. En América Latina, en Asia, en el Medio Oriente (las fábricas que se han establecido en el golfo Pérsico) e incluso globalmente en África; los países del Grupo de los Siete, los que han tenido un crecimiento del 7 por ciento anual desde hace diez años, van a continuar siendo la locomotora del progreso. Tal como México, Argentina y mañana Brasil, donde los esfuerzos rigurosos de ajuste estructural han establecido las condiciones de un crecimiento vigoroso.

Ese panorama tiene dibujadas más amenazas que promesas. Hasta finales de siglo la recesión recibirá sólo un ligero alivio y la locomotora del progreso será el sudoeste de Asia, donde el grupo de los Cuatro Tigres y cachorros que los acompañan ha sido el “agujero negro” de las inversiones pues las ha recibido más que nadie, ya que América Latina vive nuevamente la incertidumbre y el estancamiento.

Para precisar las condiciones económicas que prevé el FMI veamos cómo funciona la locomotora del progreso en la isla de Batán, Indonesia, el más reciente y veloz modelo de desarrollo del planeta, en el hoy famoso Triángulo del Desarrollo, frente a la isla-Estado de Singapur.

Batán —establecida como un receptor de excedentes ante la saturación de empresas en Singapur— es un Estado más chico que el Distrito Federal. Hace tres años la isla de Batán era una selva tropical y se ha convertido en uno de los países más densamente poblados de la Tierra. Hoy existen muchas fábricas de todas par-

tes del mundo; se han levantado hileras de dormitorios comunales para obreros, una zona residencial de ejecutivos con su campo de golf, muchas cantinas, cines a cielo abierto y, desde luego, un concesionario de Kentucky Fried Chicken.

Las razones de nuestra presencia aquí son simples — declaró el director de la empresa francesa Thompson, en Batán—. Hay muchos trabajadores disponibles (vienen de Java y Sumatra con pobreza y sin exigencias), el costo de los salarios representa la tercera parte de los de Singapur y Singapur está a sólo 30 minutos.

Me interesa establecer el parecido entre las ventajas comparativas del sudeste de Asia con las que México y todas las naciones llamadas “residuales” de América Latina ofrecerán en el siglo XXI. Allá, con los salarios más bajos que los de Singapur y los de Singapur más bajos que los de Alemania, se están estableciendo industrias con alta competitividad mundial; aquí, con el salario de peones chiapanecos más bajos que el de los chicanos y éstos más bajos que los de los anglosajones, se establecen las ventajas comparativas de nuestra economía.

De acuerdo con lo previsto por el director del FMI, de esa oferta abundante de mano de obra hambrienta vendrá el crecimiento de la década y tal vez del próximo siglo. Así se establecen las premisas para un mundo enloquecido en el cual los países emergentes tendrán un vigoroso crecimiento, gracias a las inversiones provenientes de países que sufrirán una prolongada recesión. Eso significa que en este final de siglo los depósitos de berlineses o londinenses no se invertirán en sus propias naciones —que padecen desempleo, morosidad

económica y cierre de empresas— sino en lugares exóticos, remotos, donde lograrán el crecimiento vigoroso que será la locomotora del mundo.

El orden económico mundial para iniciar el próximo siglo y el próximo milenio, será el de una rebatinga global de los países pobres para obtener el dinero de los ricos haciendo cuanta concesión sea necesaria, como ya lo están haciendo.

Ese panorama pesimista es el resultado de las observaciones de quien, desde la atalaya del FMI, tiene más información que la gente común. *Ergo, veritas erit* (por tanto, será verdad).

La única forma de que nuestro país y nuestro continente no entren en la subasta de naciones para recibir el favor de los grandes financieros es tener una política que genere su fuerza desde dentro, que sepa movilizar el gran recurso disponible que es la mano de obra; que pueda redescubrir la técnica a la medida —a medio camino entre los alardes de la tecnología de punta y las manos desnudas—; que no pretenda incorporarse al sistema de vida y de consumo de las naciones glotonas del planeta; que pueda detener el gigantismo estatal o empresarial estableciendo un mundo de escala humana.

Esa política endógena deberá tener, entre otros, estos grandes lineamientos:

1) Establecimiento de una política de movilización de la mano de obra para crear capital. Reconocer que el modelo económico más trabajo—más capital—más dinero puede tener mayor eficacia que el circuito más dinero—más capital—más trabajo. No pensar en términos de “desarrollo para el empleo” sino en sentido inverso, “empleos para el desarrollo”.

Instrumentar cuanta medida sea posible para la utilización del elemento abundante —la mano de obra—,

a fin de producir los factores escasos, desde alimentos hasta capitales.

2) Fomento de la técnica intermedia a la medida del ambiente y de la necesidad. Reutilizar ese conjunto tradicional de herramientas, de invenciones, de prácticas olvidadas que permiten establecer un negocio con poca energía y poco capital, en cualquier tejabán polvoriento, porque

la tecnología moderna está diseñada para sustituir las máquinas por la mano de obra... pero esta tecnología... constituye, en esta fase del desarrollo, el método menos adecuado de producción para continentes como Asia o África.²

3) Restauración y defensa de los valores culturales de occidente: la libertad, responsabilidad, seguridad, democracia, dignidad de la persona; aunque todos ellos son válidos por sí mismos, también son el entramado que hace posible y deseable el progreso material. No sacrificar la libertad por la justicia, la iniciativa por el orden, la propiedad por la igualdad. Rechazar el gigantismo absorbente reinstalando las instituciones a su nivel humano.

Estos principios no sólo son económicos porque el atraso de las naciones no es tampoco un fenómeno puramente económico. Son principios tan antiguos que parecen extraordinariamente modernos.

Recuerdo un personaje de Chesterton que en una esquina de Hyde Park vendía —en una hoja suelta— sus soluciones a los problemas mundiales por sólo dos chelines. Las que expondré en las siguientes páginas no son *mis* soluciones; las he ido recogiendo por ahí en el largo camino de mi vida.

²Barbara Ward, "The Decade of Development", publicado en *Reshaping the World Economy*, Prentice Hall, New Jersey, 1965.